

Del interior del país, comprometido y ¡gracias a Dios fuera del Opus Dei!

Cuando alcancé la mayoría de edad, viajé a la capital del país -Montevideo- a estudiar mi carrera de grado; escogí estudiar en una universidad privada del Opus Dei. Allí comencé mis estudios de manera favorable. Desarrollé un muy buen vínculo con mis compañeros. También conocí a la persona que meses más tarde sería mi mayor compañía: mi novia.

Luego de dos años, después de llevar adelante conversaciones con mi “asesor académico” (en ese entonces desempeñando el rol de decano de la facultad donde estudiaba), y estando -este- al tanto de que estaba por mudarme de apartamento, me comentó de la existencia de una residencia ubicada en el barrio Prado, con una muy buena compañía. Con estudiantes comprometidos con el estudio y en la misma realidad que yo, provenientes del interior del país. Fue así entonces, que escogí comenzar a vivir en dicha residencia.

El ciclo comenzó con una “Convivencia” previa al comienzo del ciclo académico en un balneario, en una casa prestada por una persona allegada (sin muchos detalles). Todo se desarrollaba con mucha calidez, muchas sonrisas, chicos simpáticos, muchas preguntas personales: de dónde venía, quiénes eran mis familiares, qué estudiaba. Si estaba de novio, quién era ella, dónde vivía, etc.

Los tres días que estuvimos se desarrollaban en base de actividades fijas, levantada temprano, desayuno y guitarreadas. En el momento de la Misa, recibí el primer “tirón de orejas” por parte de un numerario joven: -¿Vas a comer galletitas? Estamos yendo a Misa. No te olvides del ayuno-. Fue el primer momento en que me sentí dirigido a qué y cómo hacer. En el momento de la puesta de la mesa para almorzar, un numerario de mayor edad: -Se ubica así el tenedor y así el cuchillo; ¿de dónde venís?-. Adjudiqué dichos comentarios a una manera graciosa de ser, no le di mayor trascendencia.

En la residencia éramos 6 residentes- universitarios que vivíamos en una casa anexada de los numerarios (6), más otro numerario universitario que dormía en el cuarto conmigo y otro compañero más.

Mi horario de universidad se desarrollaba en el turno vespertino- diurno, por el que llegaba a la residencia a cenar a las 22 horas, hecho que me generaba cenar solo. Sin embargo, allí estaba un numerario de 60 años esperándome para hacerme compañía, recibéndome siempre con un beso en la mejilla; hecho que me generaba mucho cariño y sensibilidad. Dicho esto, siempre que hablaba con mis padres por celular lo mencionaba como una cualidad muy sensible y gentil de su parte ya que no debía por qué estar esperando hasta altas horas de la noche, dado que el horario regular de la cena era de 21 horas.

Por mi manera de ser: ordenada y disciplinada, siempre dejaba mi cama hecha, la ropa guardada, mis útiles de estudio organizados y hasta la ropa del día siguiente hecha; cosa

que no hacían mis compañeros de cuarto. A lo cual siempre me disponía humildemente ordenarles calzoncillos tirados en sus cuartos, cambiarles las sábanas y ordenarles la ropa y posteriormente guardárselas en el ropero para que la “Administración” no tuviera que encontrarse con semejante desastre. De hecho, a modo anecdótico, el director me comentó que la Administradora de la residencia la había llamado -por el teléfono interno- para preguntarle si habían contratado a alguna persona por cuenta de ellos ya que siempre estaba todo ordenado. Lo más gracioso fue que era yo, que desinteresadamente lo hacía siempre.

Me adapté de forma excelente a la convivencia, a las tareas de la residencia y a las de la espiritualidad de ellos. Siendo residente y sin saber nada del Opus Dei, llegué a levantarme temprano en la mañana para quitar la alarma del Oratorio, prender las luces del Sagrario y preparar las flores -si era día de Fiesta- antes que los Numerarios de la Residencia.

Todos estos aspectos fueron representando insumos para que los miembros de allí fueran reconociéndome de manera positiva. Hecho que me engrandecía y me subía a pasos agigantados el ego.

Así fue como un día, merendando en la residencia el cura se ofreció a confesarme y a charlar de mi vida personal. De mi parte, ¡sensacional!

Comenzó un largo ciclo de charlas, una vez cada quince días, previamente la charla: de mi vida universitaria: compañeros, el tiempo de estudio que le dedicaba, las notas que obtenía, cómo mejorar la eficiencia, hasta mi noviazgo: qué tipo de actividades hacía con ella, cómo procuraba generar amistades en común con mis compañeros de residencia y sus novias, hasta cómo vivía la pureza, ¡qué sentimiento de culpa sentí cuando le comenté mi intención de quedarme a dormir en su casa algún que otro fin de semana! Y, por último: qué cosas podía hacer para comprometerme e involucrarme con las actividades llamadas “apostólicas” de la residencia.

Fue así como, mi vida universitaria fue desarrollándose de manera intensa insumiendo muchas actividades extra, demandadas e intercaladas con momentos en los que veía a mi novia en diferentes lugares, pero, que, inconsciente e ingenuamente, el círculo de vínculos se iba acotando a aquellos de la Obra: juntadas, charlas y cursos de novios entre novios y novias preferencialmente del círculo Opus Dei, amistades del mismo sexo con compañeros de la residencia. Al punto que fui abandonando los momentos de amistad con lo míos del interior del país. Todo se fue desarrollando de tal manera para que la brecha del círculo vicioso aumentara más y más.

La carga de contenido dogmático aumentaba, así como las prácticas de costumbres que al parecer era adquiridas de manera natural y en un ambiente ameno y “familiar”.

Sin ser consciente, el grado de rigidez y estructura doctrinal en mí me consumió de tal manera que el voluntarismo se apoderó de mí sin poder ser consciente ni crítico de tal transformación. Esto se iba manifestando de manera -artificialmente natural- con una

libretita en las que iba haciendo anotaciones fruto de lecturas de fragmentos del Evangelio -adaptado por la Universidad de Navarra-, con citas del fundador escuchadas e ingenuamente adoptadas en Meditaciones. Todo esto, al punto de empezar a obligar -disuasivamente- a mi novia a ejercer prácticas como las de rezar el ángelus al mediodía, rezar medias horas cuando nos veíamos, charlar exclusivamente sobre la importancia de cada uno, en llevar a sus amigas y yo a los míos a Dios; siendo que, lo que más necesitábamos era poder dialogar de nuestras preocupaciones de nuestra vida universitaria e ir madurando nuestro noviazgo desde otro punto de vista.

Esto fue lo que más fue desgastando la vida de novios. Pero lo más injusto, con 20 años, y personalmente, no haber podido ser crítico y pensar que mi vida cristiana no podía medirse en cuán útil y comprometido era en las horas de estudio ofrecidas a Dios, o en cuán involucrado estaba en las actividades religiosas en barrios pobres, en el club con chicos. A tal punto de estar descuidando lo más sagrado: el compañerismo con mi novia y mi futura esposa y mamá de los hijos que proyectábamos con tanto anhelo.

Fue así entonces que los últimos seis meses de novios fue la peor tortura para los dos. Evidentemente para mi novia, porque tuvo que soportar cómo mi mente se fue cuadrículando de manera que me molestaba que se vistiera como lo hacía, que se llevara mejor con mi papá que con mi mamá; procurando que mi mamá tuviera más temas de conversación que con él. Que mi novia tuviera demasiados gestos cariñosos o del simple hecho que me transmitiera de manera natural su amor con besos y que mi cabeza delirara a estar pecando contra el sexto mandamiento; entre otras alucinaciones más.

La tortura para mí, la incapacidad para generar un espacio inquebrantable y confiable entre mi novia y yo para transmitirnos todo tipo de sentimientos, deseos, preocupaciones y ayudas sin sentir el cargo de conciencia de tener que contárselo absolutamente todo al cura o al numerario mayor que solía apoderarse de mí con gestos afectuosos.

Fue así como, después de dos años de novios y llevando un proceso dañino y perjudicioso, decidí dejarla y hacerme numerario luego de haber realizado un retiro espiritual en el mes de mayo -el mes de la Virgen-.

El proceso se hizo difícilísimo para ella ya que estudiaba en la misma facultad que yo. De mi parte, estaba frivolidamente convencido y determinado a lo que quería y de ninguna manera aceptaba sus conversaciones cuando nos cruzábamos en la misma facultad. Fue un shock para ella, me escribía sin entender qué me había hecho decidir eso. De mi parte, eran rechazos y solicitudes en su cara para que -por el bien de todos-, dejara de enfrentarme ya que era molesto de su parte hacerlo.

El mismo domingo que había “pitado”, llamé a mi padre, le conté y con desconcierto me preguntó una vez más qué era lo que había decidido y qué iba a pasar con mi novia.

En la residencia se vivía cierto ambiente de incertidumbre por parte de los residentes sobre mi decisión. Sin embargo, no así por parte de los numerarios viviendo allí que, con miradas, sonrisas y un silencioso: “¡Pax!”, connotaban lo “acertado” de mi precipitada decisión.

Faltando siete meses para que terminara el año, el director de la residencia me comunicó que me proponía mudarme a una residencia diferente donde viviría exclusivamente con numerarios de mi edad para así poder aumentar el grado de fe, de doctrina, del Opus Dei, sus costumbres y de la vida del “santo” fundador.

Fue así entonces que en enero del nuevo año entrante me fui a vivir a una nueva residencia, que se hacía llamar: “Centro” y que lo que estaba por empezar a cursar era el “Centro de Estudios”.

El primero de esos tres años, fue de lo mejor, mucha expectativa, conocer nuevos numerarios y de mi edad: con veintiún años; lleno de actividades, de voluntariado, de jornadas de estudios, de visitas a los “pobres” (materialmente hablando y con mucha más dignidad que otros), de catequesis, con convivencias a balnearios, ¡qué mejor vida que esa!

Mi vida de fe estaba en pleno desarrollo, con meditaciones exclusivas para numerarios de “mi casa”. Era una esponja en la que no dejaba de sorprenderme y de extasiarme observando cada detalle de la vida allí. Anotando en mi libreta propósitos sobre el tema de la meditación, de la charla del retiro mensual, de cada charla personal- semanal con el director del centro, de las confesiones y charla con el sacerdote, ¡cuánto rendimiento!

El nivel de egocentrismo, de necesidad de satisfacer a los de “mi casa” era tal que anotaba en una planilla Excel, posibles detalles de “fraternidad” para con cada uno, después de haber sido un propósito de la semana. Exorbitante manera de continuar con la “santa” obsesión y narcisismo, sin lugar a duda. Los llamados “despertadores” para no descuidar la presencia de Dios eran tales que temía desaprovechar el viaje hacia mi trabajo. Por esto, era más importante rezar Avemarías de mi Rosario de mano empezando por cada uno de los de “mi casa” y si no llegaba antes a mi trabajo, continuaba con los de mi “familia de sangre”. ¡Vaya terrible y perturbadora manera de distinguirlos!

El segundo año se vivió de manera diferente, muchos hechos fueron los que fueron desencantando mi vida allí. Algunos de los numerarios que iban concluyendo el “Centro de Estudios” eran mandados a otros centros. Mi vida exhaustiva y obsesionada en el plano de las costumbres me llevaban a aislarme de mis amistades genuinas, de mis “familiares de sangre”. Dicho sea de paso, ya no sentía necesidad de viajar 280 kms. a ni ciudad natal para visitarlos por un fin de semana. Y las llamadas -principalmente con mi padre- se me hacían muy cuesta arriba ya que fue desde el comienzo el que se puso en contra; al punto de llegar a amenazarme con irme a buscar al centro y llevarme a mi ciudad natal. Dicho sea de paso, al quedar entristecido por el tono en que me hablaba, lo consulté con el primer

cura que encontré en el centro. Él me preguntó: -¿Cada cuánto hablas con tu padre?- - Una vez a la semana, pero sé que no debo descuidar la charla con él ya que vive lejos de acá y me extraña mucho-. A lo cual me respondió: -No te preocupes. Con una vez a la semana es suficiente. Mira: te voy a contar algo: una vez almorzando con mi hermana, le comenzó a sonar el celular; ella atendió y era su marido. A lo cual comenzó a decirle: no te preocupes, mi amor, iré, claro y haré el mandado por ti. Cuando cortó, le pregunté: ¿desde cuándo eres tan dócil? Y ella me respondió: nunca lo fui; sólo digo lo que él quiere escuchar. Pues, entonces, hijo, haz eso: cuéntale a tu padre lo que él quiera escuchar, ¿o a caso no lo conoces bien? -.

Otro de los tantos hechos que me generaban rechazo y consciencia fue el de un 1º de mayo, día del Trabajador, acompañando a un numerario de “mi casa”. Me preguntó qué tal el ambiente de trabajo en la institución donde ejercía mi trabajo. Le comenté que estaba muy cómodo y encariñado con mis alumnos. Sin embargo, sentía la necesidad -por momentos- de incursionar diferentes horizontes dentro de mis posibilidades profesionales. El problema fue su reacción: -Está bueno lo que decís, pero no te olvides para qué pitaste y para qué trabajás ahí. Los futuros numerarios van a salir del colegio. Sos imprescindible-.

Luego, fui percibiendo que existían algunas maneras hostiles del cura con que hacía la charla y confesión semanal. De carácter difícil, de gestos sumamente machistas; convencido y fanatizado por el que llamaba el “Padre”. Comentarios hacia mí como: - ¿Por qué me tuteás? ¿No te enseñaron nunca a mantenerle respeto a los sacerdotes? -. Sacerdote que desempeñó su función como Capellán y donde yo también desempeñé mi función como docente de Primaria y que a costa de todo se empeñaba a llevarme en su auto comprado por “donación”. Viajes de quince minutos que se hacían eternos, ya que las conversaciones no se toleraban si no eran de mis compañeros de trabajo o rezar partes del Rosario comenzados por un: -En el misterio *misterioso*... Dios te salve María...”. Con confesiones que después de relatar mis pecados súper y mega fantaseados e introvertidamente rezados, el Cura (y claramente sin interceder por Dios) me recordaba que mi profesión no solo consistía en santificarme enseñando Matemática y Lengua a mis pequeños alumnos, sino también en involucrarme en la vida de mis compañeros de trabajo. Cuando no, a veces me preguntaba en plena Confesión qué acciones estaba llevando adelante para el apostolado con ellos. ¡Qué sentimiento de ira sentía por el cura que estaba haciendo uso de un Sacramento para hacerme preguntas que sólo manipulaba mi conciencia!

Fueron múltiples los encontronazos que vivía con él. También del hecho que este contaba con serios problemas psicóticos y que él mismo ironizaba y relativizaba; pero bien que los demás debíamos soportar “gustosamente y por caridad”. Cuando consultaba a mi director por qué tenía que soportar este tipo de actitudes, este me contestaba: -No te preocupes que él más que nadie sabe qué cruces debe cargar-. Bien que yo también, y en ningún momento se le podía realizar ningún tipo de corrección fraterna ya que se lo podía tomar personal; ¿y la convivencia humana? Claro, todo se justificaba con que fuéramos

conscientes que ninguno de nosotros éramos seres angelicales y eso ya era suficiente para que toleráramos la convivencia humana con los típicos roces de todo humano.

Estaba culminando mi segundo año allí, y después de haber realizado la renovación de los votos el 19 de marzo, no estaba empezando a sentirme seguro de lo que había hecho. Mi estado de ánimo estaba decayendo, después de largas horas de desvelo, yendo en pijamas al oratorio a llorar por largos minutos y después de consolarme con el Santísimo volvía a mi cama. Él era mi único consuelo. Lo mismo ocurría las largas horas de la mañana en los fines de semana en los que solo me preocupaba por levantarme a las 6 de la mañana para dar el máximo rendimiento en la corrección de los cuadernos de mis alumnos que llevaba para corregir, por ejemplo. Paradójicamente sentía un vacío gigante que me llevaba -nuevamente- al Oratorio y que, progresivamente, me llevaba a interpelar si la decisión que hacía ya dos años había tomado, de dejar a mi novia, había sido la correcta. Quien está leyendo esto se preguntará, ¿no lo conversabas con tu director o alguien de ahí adentro? ¡Nunca! Cuanto más crecí en fe con Dios y con la Virgen, más sentí la necesidad de mantenerlo guardado conmigo. Más sentía el temor de tener que revelar mis sentimientos a personas que semanalmente debía dejar en evidencia. Peor, de pensar que podrían asegurarse de mil y una formas de quitarlo de mi mente. En pocas palabras, prefería abrir mi corazón única y exclusivamente en el Oratorio. Al salir de allí, lo frivolizaba y dejaba actuar únicamente mi mente.

De hecho, fui dejando la confesión con el cura del centro y comencé a confesarme cuando lo sentía y con curas de parroquias barriales.

Fue así que comencé en el tercer y último año, sobre el mes de julio a contarle a mi director, con quien realizaba la charla semanal, que sentía necesidad de empezar a compartir la vida diaria con una mujer (ni me animaba a decirle con mi ex novia). A lo que él me preguntó: -¿pero acaso te sentís mal?-. Le respondí: -A veces siento que no actué de la mejor manera en haber dejado impulsivamente a mi novia, no supe manejarlo, creo-. A todo esto, él me contentaba diciéndome: -No te preocupes que es normal que un numerario se cuestione en algún momento de la vida este tema-. Pero, recobrando fuerzas de mi interior le decía: -Es que siento que tengo que volver con ella, con mi novia. Siento la necesidad de formar una familia, de tener una compañía con la cual complementar mi ser y mi propósito de vivir-. A todo esto él me respondió: -Bueno, ¿pensás volver con ella entonces?-. Le respondí que sí.

Dos semanas antes de tener esta conversación con mi director, sentía la intrínseca y urgente necesidad de pedirle disculpas a ella por el daño que le había causado y cómo había manejado las cosas. Mi corazón se abrió repentinamente, recordé su número de celular y le escribí pidiéndole una oportunidad para verla y conversar de todo lo ocurrido. Ella sin más y de manera respetuosa me dijo que sí. Dos días después nos vimos por primera vez después de tres años. La saludé, la miré le pedí profundamente perdón por todo, le dejé en claro que me sentía muy débil de ánimo, que rezara por mí porque en nadie confiaba, que quería irme sin tener que dejar explicaciones; sólo al director.

Su reacción fue decisiva: -Me da mucho temor. Sufrí mucho, llevé meses deprimida, pero logré salir adelante. En un mes me voy a otro país a realizar un posgrado y necesito tener la convicción de que podrás dejar todo atrás y no sé si lo vas a lograr-. Mi respuesta fue: -Tranquila que me he fortalecido interiormente, estoy más que acompañado y sé qué tengo que hacer-. Nos despedimos y nos volvimos a ver dos semanas después.

A todo esto, el director me comentó que debía comunicarle lo que estaba ocurriéndome al Vocal de San Miguel -el encargado de los asuntos personales de los numerarios y agregados-. Me encontré un miércoles con este, le comenté la situación y le advertí que planeaba irme de la Obra. A todo esto, muy educadamente me decía: -xxxx, ¿te das cuenta qué importante es para Dios ofrecerle el celibato apostólico más que el de esposo?-. No podía creer la hipocresía y el atropello en su hablar y constantemente le respondí: -xxxx, ¿a quién tenés que agradecerle las vocaciones de numerarios y agregados sino a los matrimonios? Necesito una mujer, a la que fue mi novia y que bien conociste. A la que ya vi y voy a volver, para acompañarla y ella a mí para toda mi vida-. Su respuesta inquisitiva y disuasiva fue: -Pero me hubieras dicho que te estás sintiendo solo y desanimado, podríamos haber estado presente de otra manera antes que estas dudas surgieran en tu mente-. A lo cual más me decepcionaba y contesté: -No puedo creer que no entiendas lo que intento explicarte: el cariño de un numerario está presente y por momentos atosigadamente; necesito el cariño de mujer, el amor de familia-. A todo esto rompió el silencio y tajantemente contestó: -¿Vas a volver con ella, no?-. Y le dije: -Sí- y me retiré de su centro.

Continuaban pasando los días y no dejaba de pensar cómo iba a ser para irme hasta que un día supe que los domingos eran días guardados para que los numerarios tomaran clases de materias internas: de Filosofía y de Teología. Ese domingo nos quedábamos cuidando el centro un cura y yo. Lo decidí, guardé mis pertenencias en tres bolsos, quité la llave de mi llavero y la dejé en el escritorio de mi director. Saludé al Santísimo y me fui.

Me sentí la persona más indigna por tener que haber hecho lo que hice. Pero fue así la manera en que la razón me lo dijo. Sabía que era la única manera de lograrlo, sabiendo lo disuasivo y la manera obsesiva de ser de esas personas. Le envié un mensaje de texto al director: “xxxx, me fui del centro” y apagué el celular.

Me fui a lo de un amigo que me recibió. Me abrió los brazos y me dijo: “Yo sí he sido siempre tu amigo, desde los diez años”.

Desde allí, recibí mensajes principalmente del vocal de San Miguel pidiéndome que me reuniera con él para recibir un abrazo personalísimo del prelado. También recibí mensajes del vicario regional comunicándome que había estado en Roma recientemente y que había estado rezando especialmente por mí desde la tumba del fundador. De algunos numerarios de otros centros, y los del centro donde viví.

Lo que ha sido y continúa siendo desafiante hasta el presente es, trabajar en el colegio de labor personal como docente de Primaria y continuar recibiendo miradas y sonrisas falsas. También, de compartir almuerzos con curas que realizan comentarios alusivos a mí, o cruzarme en los pasillos del colegio con numerarios que esperan un saludo afectivo, y que, de lo contrario sólo reciben miradas de respeto y nada más, asegurándome en darles una lección de que en la vida hay que separar por un lado lo que es laboral y por otro personal; detalle que nunca van a lograr.

Hoy en día, después de haber tomado la peor decisión de mi vida, pude salir del Opus Dei y continúo trabajando -felizmente- en la institución como maestro. Soy la persona más feliz del mundo, acompañado de mi futura esposa que ha sabido conocer a quien siempre querrá y logró recuperar.

Por eso les digo a todos los que lean este testimonio que: reconozcan y fortalezcan su carácter. Sólo preocupense de no lastimar al otro y luego construyan fuertemente sus convicciones. Y no olviden que, para amar al otro, primero hay que amarse a uno mismo.

Jamás accedas a lo que dice la letra de una murga uruguaya:

“Transaste con el tiempo, no escuchaste a tus ojos, no te fuiste cuando había que salir de aquel lugar”.

“Perdiste alguna amiga por transar con ese ruido por creer que lo que pasa es normal. Ya no sabes tu nombre, no encuentras ni tus raíces, por transar con los que quieren olvidar y te quedaste sin ser, con las palabras sin ver”.